

La idea destruida.

"Me gustaría que mi arquitectura sirviera NO para alcanzar la fama, sino para hacer felices a los hombres, NO para ser fotografiada, sino para ser vivida, NO para nuestro tiempo, sino para siempre."

Quién así habla es Alberto Campo Baeza. Este arquitecto ha tratado desde sus inicios en este mundo de crear una construcción de su idea, un hecho extremadamente escaso, ya que demasiadas veces los arquitectos se pliegan a diversas tentaciones y no hacen sino empeorar el de por sí ya mediocre panorama urbanístico.

En la actualidad las directrices de la ciudad contemporánea son tres:

El despotismo urbanista. Un todo vale en pos de una ficticia mejora económica, ya sea para una entidad pública o para un bolsillo privado.

El Totum revolutum. Lo que se ha venido a llamar el efecto Guggenheim. Toda ciudad quiere tener un elemento de la alta cocina arquitectónica, un Calatrava, un Hadid, o un Nouvel.

El hastío institucional. Tanto técnicos como funcionarios han llegado a un momento de hastío en el que no se preocupan nada más, si acaso, que de que todo funcione más o menos bien.

El despotismo urbanista.

A nadie se le escapa que desde los años sesenta España ha sufrido un incremento en su masa urbana muy elevado. Pero nada comparable a lo visto en la última década. Megaurbanizaciones en medio de la nada, como Seseña como mástil emblema; crecimientos de un 100% y mayores en pueblos sin que haya una economía productiva asociada y mucho menos unas dotaciones equivalentes a esos porcentajes; residenciales turísticos (con o sin campos de golf) en localizaciones imposibles...

Aunque les pese a mucho, las tonterías se acaban pagando tarde o temprano. El crecimiento descontrolado de las ciudades ha sido de la peor forma posible. No hay ni criterios de calidad material o ambiental y muchos menos formal, conceptual o mera superficialidad estética.

Hemos consolidado auténticos monstruos salidos de la avaricia de unos y de la estupidez de otros y ahora tenemos un panorama que no lo quisiera para sí ningún país con una pequeña vocación arquitectónica, fruto de un crecimiento anclado en las ideas y formas de siglos pasados pero con las potencialidades y la tecnología del actual. Una combinación tan peligrosa como real.

La ciudad actual no habría de haber crecido y seguir haciéndolo en consonancia a lo que juzgan más provechoso, en cualquier sentido, los políticos, sino a lo que es mejor para los ciudadanos, y deben ser arquitectos, sociólogos, incluso biólogos los que aconsejen y en última instancia puedan decidir. Es evidente que los economistas y empresarios tendrán un papel destacado, pero no debería salirse de su ámbito, aunque éste se haya de tener en cuenta en el diseño de la ciudad.

Lo que no podemos es continuar con un modelo de ciudad que solo se basa en la economía, una ciudad que no es sino el mayor campo de negocio jamás creado. La ciudad es para vivir, no para especular, ya que sino abocaremos a toda la sociedad a un futuro por desgracia nada incierto.

Lo peor de todo es que alternativas las hay desde hace décadas, incluso en España, pero casi siempre acaban como el Plan de Argel de Le Corbusier, en mera teoría por culpa de los responsables que ha de llevar a cabo las iniciativas necesarias para que sea una realidad y no otra nueva teoría urbanística. Da miedo estudiar los proyectos de ACTAR o Guallart y ver lo mucho que piensan algunos y lo poco que hacen otros.

Y lo más triste es ver como seguramente nada de esto cambie, ya que si por algo se caracteriza una ciudad es por su inmovilismo, culpa de los que viven en ella, no de ella misma.

Ni siquiera la moda de la sostenibilidad ha servido para hacer algo más común el sentido común. Dentro de poco esta moda pasará, como lo han hecho otras, y casi nadie tendrá en cuenta este aspecto a la hora de proyectar, y mucho menos de construir, aunque hay que ser algo ingenuo para pensar que ahora sí se tiene en cuenta...

Dicen de los arquitectos que se ven a ellos mismos como los portadores de la llama iluminadora en medio de la oscuridad de la sociedad. Dicen que se creen en posesión de una verdad que los demás no entienden, y que luchan por hacer ver esa luz. Evidentemente la mayoría de ellos estarán equivocados pero, ¿Y si tampoco hacemos caso al que tiene razón?

Totum revolutum.

Desde hace muchos años algunas ciudades han tenido un crecimiento puntual en su forma debido a operaciones singulares, que han dejado a su paso elementos muy poderosos que con el tiempo han llegado a convertirse en iconos: la torre Eiffel de París, la Plaza de España de Sevilla,...

Normalmente la creación de un hito es consecuencia de una obra mucho mayor que se pensó para la ciudad en sí misma.

De los ejemplos citados se revelan como último bastión de operaciones mayores que no tenían en su fin el generar un icono, la Exposición Universal de 1898 en la primera y la Exposición Iberoamericana de 1929 en la Segunda.

Actualmente no es así. El acto creador de un hito como tal desde el principio, con el Guggenheim en España como su principal exponente, es ahora un fin en sí mismo y no una consecuencia de algo mayor.

Esto se debe mayor, aunque no exclusivamente a que la arquitectura se ve en términos sociales cada vez menos como un arte y cada vez más como una operación económica. Ya ni siquiera la arquitectura es ciudad, sino que es pura economía.

Arquitectos como Rem Koolhaas proponen, dentro de la radicalidad que le caracteriza, que la arquitectura deje de ser una marioneta del capitalismo para unirse a él y formar un todo mayor que lo que son actualmente por separado. Esta mentalidad se hace evidente en algunos de sus últimos proyectos.

Sin embargo ese no es el camino.

No lo es para el arquitecto porque se ve atrapado por su propio arquetipo, y nadie recurrirá a él sino es para que le diseñe (sic) un edificio que lleve su impronta. No se busca otra cosa.

Cuando alguien contrata a Hadid, Calatrava o Foster tienen una idea muy clara de lo que quieren y, sobre todo, de cómo lo quieren.

No suele ser normal hacerle un encargo a Ferrater, García Solera o Arroyo si lo que quieres es una imagen, ya que estos arquitectos crearán arquitectura; claro que cada uno tiene un cierto estilo y una forma personal de trabajar, pero no se materializa si o si de la misma forma en todos y cada uno de sus edificios.

Personalmente creo que el diseño del Museo Guggenheim es muy acertado para el uso y el emplazamiento que tiene. El problema es que en demasiadas situaciones Ghery utiliza esos mismos materiales, esa misma formalización, y ese mismo planteamiento para todo objeto y en todo lugar.

Y tampoco es camino para la ciudad porque se irá generando a partir de operaciones puntuales que extenderán su área de influencia unos metros o kilómetros en todas direcciones hasta encontrarse con otra área de influencia de otro hito de otro arquitecto.

No es esto una proclama contra el diseño desde la base y hasta su finalización de una ciudad, ya que ese es otro camino equivocado, como se vio en la Brasilia de Lucio Costa, sino un aviso, como tantos otros, de que la ciudad no ha de pensarse sino para los ciudadanos que la habitan.

El hastío institucional.

Uno de los mayores problemas de las ciudades es que están dirigidas por políticos y no por arquitectos, sociólogos y psicólogos.

Operaciones que afectan a la vida de miles y a veces millones de personas son tomadas sin tener en cuenta parámetros que a muchos nos parecen dolorosamente obvios.

Como ya se ha comentado antes parece que el factor económico es el único que rige hacia donde se dirige una ciudad... y cómo lo hace. Sin embargo, ni siquiera este parámetro es aceptablemente bueno.

A mediados del siglo XX, el RAND estadounidense (Research and Development) tuvo necesidad de unas instalaciones propias en las que desarrollar sus investigaciones.

El edificio se diseñó para ser un hervidero de ideas en el que se potenciaran el mayor número de nodos de intercambio de información. Por hacer una aproximación burda, es lo más cerca que ha estado Internet de existir como realidad física. No es de extrañar que fuera allí donde nacería el germen de lo que muchos años más tarde sería Arpanet, la madre de la Internet actual.

Se ve pues como una arquitectura pensada para generar progreso es efectiva siempre y cuando los responsables de ella sean coherentes y se preocupen de que salga bien.

No hace falta remontarse tan atrás, el Museo de Arte Contemporáneo de Helsinki, el Kiasma, de Steven Holl, es otro ejemplo de cómo la arquitectura es capaz de crear ciudad sin ser un hito desde su nacimiento.

Pero para un planeamiento así hace falta el compromiso de muchas personas, de muchas instituciones y de demasiados elementos que, casi por definición, no están por la labor.

Es escandaloso el ejemplo del Palacio SISY/Y de Berlín, en la isla de los museos, un edificio que se ha llevado más tiempo cerrado que en uso desde su construcción a mediados del siglo XX. Y ha tenido que ser un estudio de arquitectura el que cree una empresa sin ánimo de lucro para gestionar el uso temporal del inmueble hasta que los responsables políticos se decidan a rehabilitarlo o a demolerlo y hacer un nuevo edificio.

Y no hace falta irse tan lejos. En Sevilla fue conocido el caso de la ciudad de la justicia diseñada por Rafael Moneo cerca de la estación de autobuses del Prado de San Sebastián y que por un cambio en el color de la alcaldía se paralizó, dejando a la ciudad con una obra que, independientemente de su calidad arquitectónica, hubiera mejorado mucho el funcionamiento de la ciudad.

¿Dónde quedaron las propuestas rompedoras de las ciudades jardín? ¿Dónde se fueron los creadores de ensanches?

Es evidente que estas formas de crecimiento no son válidas actualmente pero sí lo son las formas de pensar que dieron les dieron paso desde unas estructuras que en su momento consideraron obsoletas.

Y si ni siquiera estas pequeñas operaciones son factibles las veces necesarias no hablamos ya de operaciones de una escala tan tremenda que cambiarían la interfaz misma de la ciudad.

Los estudios de Gausa, Guallart, Koolhaas, F. de Luca y demás teóricos de la ciudad actual no hacen sino darnos motivos para avergonzarnos de los responsables que luchan más por salir en la fotografía poniendo la primera piedra que por haber mejorado el territorio que gobiernan.